

B) LOS PRIMEROS FILÓSOFOS

¿Quiénes son? Se les suele conocer bajo el nombre genérico de «filósofos presocráticos». Pero la denominación es desafortunada:

— ¿Filósofos? Los más antiguos no fueron conocidos con este nombre, sino con el de «sabios». Y «sabios» eran llamados también los poetas, los videntes, los artistas y los médicos. Según la tradición, fue Pitágoras quien inventó la palabra «filósofo» (= amante y buscador de la sabiduría o *sophía*), al afirmar que «ninguno de los hombres es sabio, sino sólo Dios», y que el hombre, por tanto, no puede ser llamado *sofós*, sino únicamente *filo-sofós*. Parece ser que fue en el círculo socrático donde el término recibió su significación definitiva actual. Por otro lado, estos hombres son también técnicos, científicos, políticos y, a veces, hasta magos y taumaturgos. Hombres «universales», por tanto.

— ¿Presocráticos? Cronológicamente, no todos lo fueron: algunos son contemporáneos de Sócrates, y Demócrito murió mucho más tarde. Doctrinalmente, tampoco se los puede considerar predecesores del pensamiento socrático, ya que Sócrates realiza una auténtica ruptura con todos ellos: otros intereses filosóficos, temas, método. Llamémosles simplemente «primeros filósofos».

¿Cómo los conocemos? Todos ellos debieron de ser escritores —salvo, probablemente, Tales—, pero sus obras se han perdido y no nos quedan sino fragmentos citados por autores posteriores (junto con interpretaciones que no son siempre de fiar): Platón y Aristóteles, Plutarco (s. II d.C.), Sexto Empírico (s. II d.C.), Clemente de Alejandría (ss. II-III), Diógenes Laercio (s. III d.C.)... Especial importancia tiene Teofrasto (s. III a.C.), que escribió una obra —*Opiniones de los físicos*— que sólo se ha conservado en parte. En 1903, Hermann Diels publicó una recopilación titulada *Los fragmentos de los presocráticos*, sucesivamente ampliada, que es en la actualidad el texto obligado de referencia. Con tan escasa base textual se comprende que el estudio de los presocráticos sea difícil y que no pueda haber interpretaciones definitivas sobre su pensamiento. Con todo, es posible señalar algunos rasgos comunes:

- 1.º Todos ellos tratan de dar una respuesta a la pregunta acerca del origen y constitución del cosmos. Tratan de determinar el «principio» (*arché*) último y eterno del que todo procede y del que todo se compone. Y la gran novedad es que ya no se busca ese principio en realidades antropomórficas (los dioses), sino en lo que llamaron «naturaleza» (*physis*).

Así pues, los presocráticos «descubrieron» la naturaleza. Con ellos, el Cosmos se «naturalizó», es decir, se convirtió en «naturaleza». ¿Qué significaba este término *physis* para los primeros filósofos?

- En primer lugar, el elemento o materia originaria (o *arché*, principio) de que todo está compuesto, de donde todo procede y a donde todo vuelve.
- La estructura de las cosas, el principio de organización interna de la realidad. Heráclito dice, por ejemplo: «A la naturaleza le gusta ocultarse» (Fr. 123).
- También, pero rara vez, génesis, proceso de generación (es la etimología del término). Dice Empédocles: «No hay creación [...] ni extinción, sino sólo mezcla y cambio de lo que ya ha sido mezclado. El nacimiento (*physis*) es, por tanto, sólo un nombre habitual usado por los hombres» (Fr. 8).
- En los filósofos siguientes —especialmente Aristóteles y los estoicos— adquirirá nuevas significaciones. La significación de *physis* como la totalidad de lo que existe aparece a mitad de siglo V. Los primeros filósofos usaban expresiones como «las cosas», «el mundo», «todo», etc.

En la búsqueda de la *physis* o *arché* de las cosas, los primeros filósofos emplean un estilo antitético de pensamiento que se muestra en la tendencia a hacer agru-

«Naturaleza»: 1) Primitiva: el principio (→ 64) de las cosas (primeros filósofos); o de cada especie (→ 70), en cuyo caso equivale (→ 147) en cuanto principio. 2) Posteriormente bien la *Totalidad* de la cosa como algo ahimado (→ 184), como máquina (→ 199), como algo en estado etc. Véase, por ej.: 81, 281 s., 301 s., 323, 330 etc.; cultura, historia, arte etc. es la tendencia a hacer de la naturaleza, o hacer de la naturaleza (→ 187), ley (→ 184).

paciones por pares de contrarios (frío/caliente, húmedo/seco, etc.) y a plantear los problemas en forma de dilemas, como: lo uno o lo múltiple; inmutabilidad o movimiento; lleno o vacío; indivisible o divisible, etc.

2.º Todos ellos viven en las colonias de **Jonia** o **Italia meridional**, aunque debieron de ser grandes viajeros. Pero hay excepciones: Anaxágoras vino a Atenas, donde fue amigo de Pericles, Arquelaos y Eurípides, y donde Sócrates conoció su pensamiento; Demócrito nació en Abdera (Macedonia) y fue más tarde, quizá, a Atenas.

3.º Con ciertas reservas, es posible clasificar a los primeros filósofos en dos «familias» que responden a **dos tradiciones filosóficas** distintas:

— **La tradición científica jónica:** Estos filósofos son también llamados «físicos», puesto que su interés se centra en la Naturaleza (*physis*). Se inspiran, probablemente, en elementos tomados de la ciencia egipcia y mesopotámica. Substituyen las representaciones antropomórficas de los mitos por elementos naturales, y elaboran cosmologías de corte científico-filosófico. Según Farrington, «el renacimiento jónico fue un verdadero movimiento de cultura popular», que encontró la oposición de una aristocracia que se apoyaba en la representación tradicional del mundo (los aristócratas hacían descender a sus familias de los propios dioses). La expulsión de Anaxágoras de Atenas sería un ejemplo claro de que la filosofía tiene también consecuencias políticas. Esta tradición concluye con Demócrito, tiene una notable manifestación en la medicina hipocrática, y se renovará más tarde con Epicuro.

— **La tradición mística itálica:** La tendencia de estos filósofos es más bien «metafísica» (aunque la palabra no existía todavía) y religiosa. Si no están influenciados por el movimiento órfico, al menos tienen notables semejanzas con él. Pitágoras y su escuela son los principales representantes. El pitagorismo, además de sus aspectos científicos, filosóficos y místicos, representa también un movimiento político de carácter conservador. Parménides y su escuela —aunque difieren en mucho de los pitagóricos— se pueden incluir también aquí.

Orfismo: Movimiento religioso de salvación —así llamado por su legendario fundador, Orfeo— que ya existía en Grecia en el siglo vi. Entre sus creencias figura la divinidad, inmortalidad y trans migración del alma; también, la impureza del cuerpo, la necesidad de la ascesis y el carácter liberador de la muerte.

C) LOS FILÓSOFOS DE JONIA

1. TALES DE MILETO (APROXIMADAMENTE, 624-546)

19 ← Este hombre inquieto y viajero, contado entre los «sabios» de Grecia — fue matemático, astrónomo y político—, con fama de «sabio distraído», fue considerado por Aristóteles como «el primero de los físicos». Sin embargo, es muy poco lo que sabemos sobre su pensamiento filosófico: que la tierra descansa sobre el agua, que el agua es el principio de todas las cosas, y que todas las cosas están «llenas de dioses». ¿Cómo interpretar tan escasos datos?

Aunque Aristóteles dice claramente que para Tales el agua es el «principio» (*arché*) de todo, no está claro si con ello quiso decir que todas las cosas *son* —o se componen— de agua, o bien, simplemente, que la tierra *procede* de ella y sobre ella flota. Parece bastante probable que Tales tomase estas ideas de la mitología egipcia y babilónica, y que, además, se basase en la observación personal (Mileto es puerto de mar, y Tales

había navegado con frecuencia; además, el agua es necesaria para la vida). En cuanto a la misteriosa afirmación de que todas las cosas están «llenas de dioses», la interpretación más admitida es la siguiente: esta *physis* que es el agua está dotada de vida y movimiento propios; todo está vivo y animado (hilozoísmo).

→ 184 (pananimismo)

La propuesta de Tales puede parecer «rudimentaria». Pero dio un paso fundamental. Como señaló Nietzsche: «Tales dijo: "No el hombre, sino el agua, es la realidad de las cosas", empezando así a creer en la Naturaleza en cuanto, al menos, creía en el agua. Como matemático y como astrónomo, era hostil a todo lo mítico y alegórico, y si llegó hasta la pura abstracción del "todo es uno" y formuló una expresión física, se constituyó en una excepción entre los griegos de su tiempo» (F. NIETZSCHE, *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Obras completas, Madrid, Aguilar, 1932, v. I, pp. 329-330).

2. ANAXIMANDRO DE MILETO (APROXIMADAMENTE, 610-545)

Discípulo (?) y continuador de Tales, fue el primero que escribió un libro «sobre la naturaleza» y, además de ser un activo ciudadano de Mileto (condujo una expedición a Apolonia, junto al mar Negro), se dedicó a múltiples investigaciones: se le atribuye un mapa terrestre, trabajos para determinar la distancia y tamaño de las estrellas y la afirmación de que la tierra es esférica y ocupa el centro del mundo.

El *arché* —parece ser que este término fue utilizado ya por Anaximandro— de todas las cosas es el *ápeiron*, es decir, «lo indefinido, lo indeterminado». Con ello, Anaximandro realiza un indudable avance respecto a Tales: se trata de un elemento no empírico y, por su carácter indefinido —no es ni «esto» ni «aquello»—, permite explicar la derivación de todas las cosas mucho mejor que a partir de un elemento determinado (como el agua). El *ápeiron* es «inmortal e indestructible», es decir, «eterno y sin envejecimiento». Anaximandro le atribuye, pues, los caracteres que la mitología griega reservaba a los dioses, añadiendo que no ha sido engendrado, pero que de él «se engendran todas las cosas».

Hay que citar el fragmento más importante, enigmático y discutido de Anaximandro:

«El principio (*arché*) de todas las cosas es el *ápeiron*. Ahora bien, a partir de donde hay generación para las cosas, hacia allí se produce también la destrucción, según la necesidad; en efecto, pagan las culpas unas a otras y la reparación de la injusticia, según el orden del tiempo» (Fr. I).

Todo sale y todo vuelve al *ápeiron* según un ciclo necesario, medido según períodos de tiempo de carácter rítmico. Se discute si Anaximandro concibió la idea de **innumerables mundos** sucesivos temporalmente; pero lo más probable es que no fuera así: el ritmo de surgimiento y desaparición se daría en el interior de un mismo mundo actual.

→ 381 (eterno retorno)

Pero es el final del fragmento lo que resulta más chocante, ya que en él se concibe el orden necesario del mundo como un orden **jurídico y moral** («pagar», «culpas», «reparación», «injusticia»). Según algunos, lo que quiso decir Anaximandro es que toda existencia individual —en cuanto que nacer es separarse de la unidad primitiva— y todo devenir son una usurpación y una injusticia que han de ser pagadas con la muerte. Interesante interpretación, que acerca el pensamiento jónico a las doctrinas budistas. Pero probablemente Anaximandro quería decir otra cosa: del *ápeiron* comienzan a separarse sustancias **opuestas** entre sí; cuando una prevalece sobre la otra, se pro-

duce una reacción que restablece el equilibrio. La alternancia de las estaciones sería un buen ejemplo: el calor y la sequedad del verano son substituidos por el frío y la humedad del invierno.

En Anaximandro se encuentra ya una **cosmología** que describe la formación del cosmos sin recurrir a representaciones míticas. En el *ápeiron* se separan —por un proceso de rotación— lo frío y lo caliente. Lo frío-húmedo ocupa el centro; en torno suyo gira una masa de fuego. El calor hace que se evapore una parte del agua: surge la tierra seca y se forma una cortina de vapor (el cielo), por cuyos orificios se vislumbra el fuego exterior (las estrellas). Los primeros animales surgieron del agua o del limo calentado por el sol; del agua pasaron a la tierra. Los hombres descienden de los peces: quizá los primeros hombres se criaron en el interior del algún tipo determinado de pez y —cuando ya tenían edad para valerse por sí mismos— fueron luego arrojados a la tierra. Sorprendentes ideas que intentan dar una explicación del origen del hombre.

Se ha querido ver aquí una anticipación de la teoría de la evolución (→ 355).

3. ANAXÍMENES DE MILETO (APROXIMADAMENTE, 585-524)

«Anaxímenes de Mileto —escribió Teofrasto—, hijo de Euristrato, que había sido discípulo de Anaximandro, dice también, como aquél, que el principio primordial subyacente y único es infinito; pero no lo afirma indeterminado, como él, sino determinado, manifestando que es el aire». Así pues, Anaxímenes vuelve a concebir el *arché* como un elemento determinado: el aire. Y, cosa que no habían hecho sus predecesores, explica explícitamente el doble proceso mediante el cual todo procede del aire:

«El aire se diferencia en distintas substancias en virtud de la rarefacción y la condensación. Por la rarefacción se convierte en fuego; en cambio, condensándose, se transforma en viento, después en nube, y, aún más condensado, en agua, en tierra más tarde, y de ahí finalmente en piedra» (según el testimonio de Teofrasto).

También Anaxímenes concibe el mundo como algo **vivo**: «De la misma manera que nuestra alma, que es aire, nos sostiene, igualmente un soplo y el aire envuelven el mundo entero».

4. HERÁCLITO DE ÉFESO (APROXIMADAMENTE, 544-484)

Se sabe muy poco de su vida. Pertenece a una familia aristocrática de Éfeso, lo cual explicaría quizá su desprecio por la sabiduría popular y las «opiniones» de los hombres. Los breves y enigmáticos fragmentos que se conservan —no en vano fue llamado «el Oscuro»— revelan que conocía el pensamiento de los filósofos de Mileto, así como el de Pitágoras. Es frecuente exponer su filosofía en contraposición con la de Parménides (quien probablemente conoció la obra de Heráclito, cuyo título nos es desconocido).

Siguiendo la tradición de los demás filósofos jonios, Heráclito ve en un elemento determinado, el **fuego**, el *arché* del universo: «Este mundo, el mismo para todos los seres, no lo ha creado ninguno de los dioses o de los hombres, sino que siempre fue, es y será fuego eternamente vivo, que se enciende con medida y se apaga con medida» (Fr. 30). No sólo las cosas individuales salen del fuego y vuelven a él, sino que es el mundo entero el que perece en el fuego —en una especie de conflagración universal— para luego volver a renacer. Aparece aquí la imagen del «ciclo cósmico» (que ya apuntaba en Anaximandro), la antigua idea griega del Eterno Retorno (que reaparece

en Platón y los estoicos), así como la idea de un «juicio universal»: «Sobreviniendo el fuego, juzgará y condenará todas las cosas» (Fr. 66). Hay, quizá, influencias de la astronomía caldeo-babilónica y de las religiones de los misterios.

Pero lo que ha conferido valor permanente a la filosofía de Heráclito no es esta doctrina del fuego, sino sus doctrinas acerca de la contradicción y el *Lógos*. El acontecer del mundo es un **flujo permanente**, todo está en movimiento:

«No es posible descender dos veces al mismo río, tocar dos veces una substancia mortal en el mismo estado, sino que por el ímpetu y la velocidad de los cambios se dispersa y nuevamente se reúne, y viene y desaparece» (Fr. 91).

En realidad, Heráclito no hace aquí sino constatar —como punto de partida— un dato de experiencia. Pretender que para Heráclito no existe más que el «devenir» y no el «ser», es algo que no se puede justificar por los textos. Esta permanente movilidad se fundamenta en la **estructura contradictoria** de toda realidad, con lo cual Heráclito no hace sino llevar al extremo la doctrina jónica de los opuestos: «Dios es día-noche, invierno-verano, guerra-paz, hartura-hambre. Cambia como el fuego» (Fr. 67). La contradicción y la discordia están en el origen de todas las cosas: «La guerra es el padre y rey de todas las cosas» (Fr. 53); «conviene saber que la guerra es común a todas las cosas y que justicia es discordia, y que todas sobrevienen por la discordia y la necesidad» (Fr. 80).

→ 336 (dialéctica)

Sin embargo, la contradicción engendra **armonía**: «Lo contrario llega a concordar, y de las discordias surge la más hermosa armonía» (Fr. 8). Pero se trata de una armonía *oculta*, y por ello los hombres «no entienden cómo lo que difiere está de acuerdo consigo mismo: la armonía consiste en tensiones opuestas, similares a las del arco y la lira» (Fr. 51).

→ 27

Si esto es así, es porque *una ley única* rige el curso del universo: hay una razón oculta, un **Lógos**, que todo lo unifica y orienta. Al hablar sobre el *Lógos*, Heráclito muestra una gran audacia de pensamiento, puesto que afirma que el *Lógos* o razón universal está también **en el hombre**, constituyendo su propia razón. Esta es una afirmación que resurgirá con frecuencia en la historia de la filosofía: el orden real coincide con el orden de la razón, una misma ley (o razón) rige el mundo y la mente humana. Sin embargo, Heráclito se lamenta de que los hombres, más que atender a la razón que se encuentra en ellos, viven como en sueños y distraídos:

→ 109 (*Lógos*)

→ 28, 335, 214

«Aunque el *Lógos* es común, la mayoría vive como si poseyese su propia inteligencia. Aunque escuchan no entienden. A ellos se les aplica el proverbio: "Presentes, pero ausentes". El *Lógos*, que es eterno, no lo entienden los hombres al escucharlo por primera vez ni después de que lo han oído. Los que velan tienen un cosmos único y común; los que duermen retornan al suyo propio y particular» (Fr. 2, 34, 1, 89).

A partir de estas reflexiones, Heráclito elabora una teoría acerca del hombre en la que se observan algunas influencias de las religiones de los misterios, así como la orientación «trágica», racionalista y aristocrática del filósofo de Éfeso.

El **alma** es una parte del cosmos, y por ello es de naturaleza ígnea y permanece modificándose, experimentando en sí misma la tragedia del devenir y la contradicción. La misión del alma es conocer el *Lógos* universal, pero también penetrar en sí misma (lo cual es, en el fondo, la misma cosa): «Los límites del alma no podrás hallarlos aunque transites todos los caminos: tan profundo es su *Lógos*» (Fr. 45). El alma, que se mantiene activa por el conocimiento y, por tanto, conserva al máximo su carácter ígneo, sobrevive a la muerte y se une definitivamente al fuego cósmico.

D) LOS FILÓSOFOS DE ITALIA MERIDIONAL

1. PITÁGORAS Y LOS PITAGÓRICOS

La vida de Pitágoras se encuentra envuelta en leyendas. Nació en Jonia, en la isla de Samos (hacia 572 a.C.), y parece que conoció a Anaximandro en Mileto. Tradiciones diversas le atribuyen viajes a Egipto, a Babilonia (donde conocería a Zoroastro, el fundador de la religión dualista persa) e incluso a la India (?). La tiranía de Polícrates le hizo abandonar Samos, trasladándose a Italia y estableciéndose en Crotona. Allí funda una secta filosófico-religiosa: hombres, mujeres y niños viven con comunidad de bienes, manteniendo un riguroso ascetismo y guardando secreto acerca de las doctrinas profesadas. Su influencia en Crotona es enorme, y surgen las leyendas: se considera a Pitágoras hijo de Apolo, se le atribuyen milagros, es capaz de recordar sus anteriores reencarnaciones... Sin embargo, la secta, por su carácter aristocrático y secreto, y por su influjo en la ciudad, se gana la enemistad del pueblo: una revuelta popular expulsa a los pitagóricos. Pitágoras debió refugiarse en Metaponto, donde murió poco después (496?). Más tarde, la secta consiguió volver y restableció su influencia en las ciudades de la Magna Grecia, hasta que un movimiento democrático en la segunda mitad del siglo V las volvió a dispersar. Resulta muy difícil saber qué doctrinas se remontan al fundador de la escuela y cuáles se deben a sus discípulos, puesto que éstos tenían por costumbre atribuírselas siempre a su maestro (empleo de la fórmula ritual: «él mismo ha dicho»). Podemos citar, entre los pitagóricos posteriores más conocidos, a Alcmeón (ss. VI-V), Filolao y Eurito (s. V), todos ellos de Crotona.

(neopitagorismo) 105 ←

- En primer lugar, el pitagorismo tiene un **contenido místico-religioso**: doctrina de la *transmigración* de las almas (en la que se observan notables similitudes con el orfismo) y, en consecuencia, afirmación de que existe un *parentesco* entre todos los seres vivos (parece que Pitágoras creyó en la posibilidad de reencarnarse en una planta, y no solamente en animales); creencia en un *eterno retorno* de los mismos acontecimiento en ciclos cerrados. Además, practicaban numerosas reglas de abstinencia (la abstinencia de la carne se explicaría por el parentesco entre los seres vivos), así como diversas normas rituales y morales.

381 ←

Para los pitagóricos, la ciencia estaba estrechamente unida con la mística. Es Aristóteles quien aporta los testimonios más fiables acerca de las doctrinas pitagóricas:

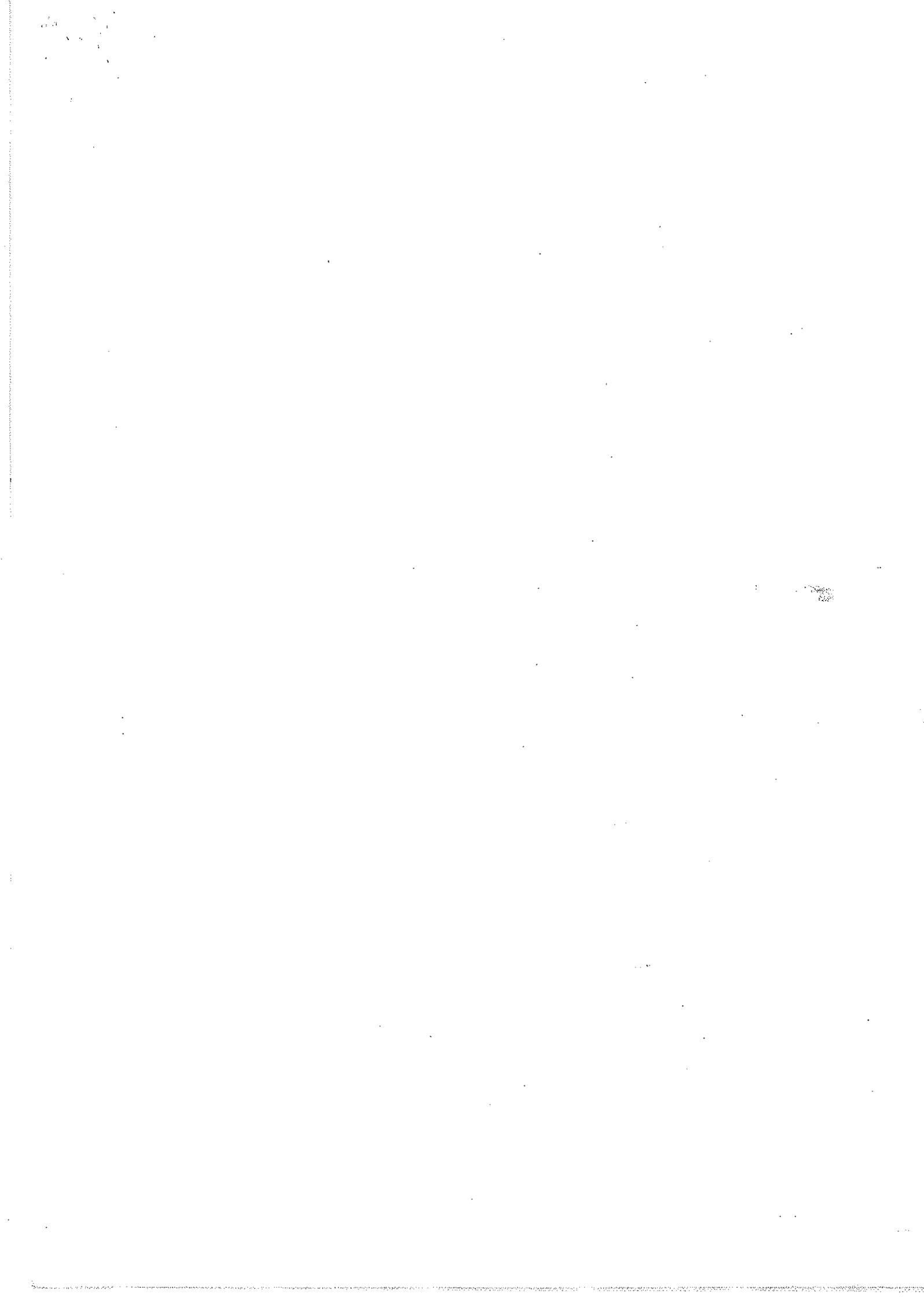
«Los llamados pitagóricos se dedicaron a las matemáticas y fueron los primeros en hacerlas progresar; absortos en sus estudios, creyeron que sus principios eran los principios (*arché*, en plural) de todas las cosas [...] y en los números creían contemplar muchas semejanzas con los seres existentes [...] puesto que veían que los atributos y las relaciones de las escalas musicales eran expresables en números y que parecía que todas las demás cosas se asemejaban en naturaleza (*physis*) a los números. [...] Los cielos todos eran armonía y número. [...] Por ejemplo, como creen que la década es perfecta y que abarca la naturaleza entera de los números, afirman que también los cuerpos que se mueven en los cielos son diez, más al ser nueve solamente los visibles, se inventan, por esta razón, el décimo, la Anti-tierra. [...]

También creen que los elementos del número son lo par y lo impar, que de éstos el primero es ilimitado y el segundo limitado, y que la unidad procede de ambos, porque es, a la vez, par e impar; que el número procede de la unidad, y que todos los cielos, como se ha dicho, son números.

Otros miembros de la misma escuela dicen que los principios son diez y los disponen por columnas de pares coordinados [cfr. margen].

«Este es el modo en que parece que Alcmeón de Crotona lo concibió [...], y afirma que la mayoría de las cosas humanas son duales» (ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 5).

límite	— ilimitado
impar	— par
uno	— múltiple
derecho	— izquierdo
masculino	— femenino
estático	— en movimiento
recto	— curvo
luz	— oscuridad
bueno	— malo
cuadrado	— oblongo



• En esta cita tenemos lo más esencial de las doctrinas pitagóricas. Sin duda es sorprendente la primera afirmación: que **los números son los principios de todas las cosas**. Aristóteles indica que esta doctrina se basa en descubrimientos empíricos, por ejemplo el hecho de que los intervalos musicales que hay entre las notas de la lira puedan expresarse numéricamente. Pero además parece que los pitagóricos concibieron los números **especialmente**, confundiendo el punto geométrico con la unidad aritmética. Las unidades tienen, pues, extensión espacial y pueden ser consideradas, como dice Aristóteles, «como elemento material de las cosas»: si las cosas se componen de números es porque se componen de agregaciones de unidades-puntos. Esta interpretación no hace sino corroborar algo conocido: los griegos tenían dificultad en concebir cualquier realidad sin extensión espacial (será Platón el primero que lo consiga, y a él le seguirá Aristóteles). Ésta es la interpretación más probable de la afirmación pitagórica de que el número es el *arché* de todas las cosas. → 200 (matematización)

• El **dualismo** parece ser el rasgo más característico del pitagorismo, y podría explicar el origen de la tradición que pone en contacto a Pitágoras con Zoroastro. De todos modos, dualismo y doctrina del número vienen a coincidir en cuanto que la primera oposición (límite-ilimitado) coincide con la segunda (impar-par), y ésta constituye «los elementos del número». Este dualismo no es sino una versión más de la doctrina de los *opuestos* que aparece en los filósofos jonios. Sin embargo, aquí se convierte en doctrina fundamental y conduce a elaboraciones tan artificiosas como la lista de los diez pares de opuestos arriba citada. Implica también una doctrina de la **armonía**: «en efecto, las cosas similares y afines entre sí no tienen ninguna necesidad de armonía, pero las que son disímiles y distintas tienen necesidad de ser reunidas por esta armonía, por la cual pueden reunirse en el cosmos. Pues la armonía es unidad de las mezclas y concordancia de las discordancias» (FILOLAO, Fr. 6 y 10). → 112 (dualismo)

• Por fin, en la **cosmología** pitagórica se reúnen las diversas doctrinas de esta escuela en una explicación global del cosmos. Aquí también abundan las afirmaciones de difícil interpretación y comprensión. Así, se dice que primero existió la Unidad (= «límite», o lo limitado) rodeada por lo ilimitado; luego la unidad crece y se escinde en dos; el vacío de lo ilimitado se introduce en medio y mantiene las dos partes separadas: de este modo se originan el número 2 y la línea. Después se generan el 3 y el triángulo (la figura plana más simple) y el 4 y el tetraedro (la figura sólida más simple)... → 25

La **descripción del mundo** —concebido típicamente como un cosmos en armonía— es más inteligible y anticipa las doctrinas de Copérnico: el cosmos es una esfera en cuyo centro hay un fuego originario. A continuación vienen los cuerpos celestes: la Anti-tierra (añadida para completar el número 10 de planetas), la Tierra, la Luna, el Sol, los cinco planetas y el cielo de las estrellas fijas. Una esfera de fuego envuelve este conjunto. El movimiento de las esferas celestes produce una maravillosa música, que no oímos por estar habituados a ella desde el nacimiento. **Música y armonía** —traducibles en números—: ésta es la visión del mundo de una escuela que supo también armonizar mística y matemáticas.

2. PARMÉNIDES Y LA ESCUELA DE ELEA

En Elea —también en Italia meridional— se funda otra «escuela» filosófica, pero mucho más reducida y de carácter exclusivamente filosófico. Tradicionalmente se ha atribuido esta fundación a **Jenófanes de Colofón** (Jonia), quien habría emigrado a Italia, instalándose en Elea, donde habría tenido como discípulos a Parménides y otros. Pero estos datos son muy poco seguros. Lo más probable es que fuera Parménides quien fundó la escuela de Elea.

Parménides de Elea (aproximadamente, 540-470) vivió en esta ciudad y participó en la redacción de sus leyes. Es probable que se haya iniciado en la filosofía a través de los grupos pitagóricos (se dice que fue discípulo del pitagórico Ameinias y que llevó una «vida pitagórica»), para luego abandonarlos y crear su propia escuela y su propia filosofía. Gozó de un gran prestigio: Platón le llama «digno de veneración y, a la vez, tremendo».

Expuso su doctrina en un *Poema* compuesto en hexámetros. En él se contienen críticas a las ideas pitagóricas y referencias a Anaxímenes y, quizá, a Heráclito. Por fortuna, se conservan amplias secciones de este *Poema*, lo cual no impide que su interpretación sea extremadamente difícil e insegura.

- Comienza el *Poema* con un proemio de sabor mítico —inspirado probablemente en la literatura oracular y mística—, que da a entender que lo que sigue debe considerarse como una «revelación» filosófica. El núcleo fundamental del *Poema* se divide en dos partes: la **vía de la verdad**, en la que Parménides expone su propia doctrina filosófica, y la **vía de la opinión** (*dóxa*), en la que —utilizando algunos elementos tomados de los pitagóricos— se expone una cosmología que probablemente rechaza Parménides como engañosa. Sólo nos interesa, pues, la primera parte.

La vía de la verdad comienza presentando un dilema que se expresa en términos enigmáticos y abstractos:

«Pues bien, te diré, escucha con atención mi palabra,
cuáles son los únicos caminos de investigación que se puede pensar;
uno: que es y que no es posible no ser;
es el camino de la persuasión (acompaña, en efecto, a la verdad);
el otro: que no es y que es necesario no ser.
Te mostraré que este sendero es por completo inescrutable;
no conocerás, en efecto, lo que no es (pues es inaccesible) ni lo mostrarás.
Pues <sólo> lo mismo puede ser y pensarse [o bien: "pues lo mismo es el *pensar*
y el *ser pensado*"]» (Fr. 2-3).

El pasaje es difícil de interpretar, e incluso de traducir. Quizá, en principio, Parménides no quiere decir más que algo muy simple: sólo es lo que es y no lo que no es. Sólo «lo que es» (el Ser), es y es pensable. El no-Ser, ni es, ni es pensable.

Uno: Aquello que carece de partes (= simple), o que (como el organismo) no puede ser dividido sin que deje de ser lo que es. Único: Aquello que es tal que no existe nada idéntico; individual, singular. Unidad es el carácter de lo que es «uno»; y la unicidad, de lo que es «único». Con frecuencia, expresiones como «el Uno», «la Unidad», recubren ambos sentidos (→ 65, 106, 178, etc.). Lo uno y lo múltiple: 48.

- A partir de este principio evidente, Parménides pretenderá construir la vía de la verdad. Y, así, deducirá que el Ser («lo que es») es **ingénito e imperecedero; finito, continuo y único; indivisible e inmóvil**. En efecto: el Ser es imperecedero e inengendrado, porque en caso contrario habría que suponer que procede del no-Ser y vuelve a él; pero el no-Ser es impensable e inexistente. Del mismo modo, el Ser es «uno», ya que si hubiera otra cosa sería el no-Ser. E inmóvil, pues todo cambio sería hacia el no-Ser. E indivisible, puesto que el vacío que separaría las partes equivale al no-Ser, etc.

• Como se ve, Parménides realiza en su *Poema* un notable «ejercicio de lógica», separándose de los primeros físicos jonios, que hablaban únicamente de «los seres» y buscaban un *arché* de carácter concreto e incluso empírico. Por supuesto, la lógica de Parménides no resulta demasiado convincente, al manejar únicamente dos conceptos contrapuestos: Ser y no-Ser. Pero ¿qué quería decir en realidad?

— En primer lugar, parece que Parménides intentó una verdadera **demolición de la filosofía de sus predecesores**, especialmente de los pitagóricos. Ése es el significado que tiene su negación del vacío, el tiempo y la pluralidad. El cambio y el movimiento son considerados como ilusorios. Especialmente Parménides ataca el dualismo pitagórico, admitiendo como atributos del Ser aquellos que figuran en la columna de la izquierda de la enumeración pitagórica (y que pueden ser establecidos racionalmente): limitado, uno, inmóvil.

— El «Ser» a que se refiere Parménides es, desde luego, la **realidad**, o el **mundo**. Y Parménides no podía concebirlo sino como algo **corpóreo** (la distinción entre material e inmaterial no existía todavía). El mundo, pues, es algo limitado, compacto, inengendrado e imperecedero, excluyéndose la posibilidad de cambios y movimientos. Es como «una esfera bien redonda», inmóvil y eterna.

— De un modo explícito se introduce la distinción entre *verdad* y *aparición* (u opinión), y se otorga la primacía a la razón (lo que se puede pensar) por encima de las apariencias sensibles y engañosas. El **problema del conocimiento** surge, pues, como nuevo problema filosófico.

Entre los discípulos de Parménides, el más conocido es Zenón de Elea (aproximadamente, 490-420), quien elaboró las famosas aporías o argumentos contra las tesis pitagóricas opuestas a la doctrina de su maestro (especialmente contra el movimiento —si Aquiles se moviera, por ejemplo, no podría alcanzar nunca a una tortuga— y la pluralidad). Pero mayor importancia tiene Meliso de Samos (de quien sólo se sabe que en 440 mandaba la escuadra que derrotó a los atenienses frente a Samos), que continuará —quizá cada vez más arrinconado— la defensa de la filosofía de su maestro frente a los ataques de los pitagóricos, Anaxágoras y, quizá, algunos más. Ello le obligará a *modificar algunas de las tesis de Parménides*: el Ser (o «Uno») ha de ser *infinito* (no finito, como afirmaba Parménides), puesto que si fuera finito debería haber algo más allá de sus límites, algo que lo limitara, es decir, el vacío. Parece que también afirmó que el Uno debería ser *incorpóreo*, ya que si fuera corpóreo se podría dividir en partes.

→ 68 (crítica de Aristóteles)

E) LOS ÚLTIMOS «PRESOCRÁTICOS»

Los primeros filósofos buscaron el *arché* de las cosas en un solo elemento (son, por ello, «monistas»), salvo los pitagóricos, en cuya doctrina se puede ver un claro «dualismo». Parménides, no sólo se opone al dualismo pitagórico, sino que saca las últimas consecuencias del «monismo»: lo Uno no puede dejar de ser «uno», ni tampoco puede transformarse ni moverse. Con ello, contradice los datos de la experiencia, al negar la movilidad y la pluralidad de los seres. En consecuencia, los filósofos siguientes han de buscar un nuevo camino de investigación para poder explicar el mundo: en lugar de suponer **un solo elemento** (que, al **transformarse**, da lugar a todo), se postula la existencia de **múltiples elementos** (invariables y siempre idénticos a sí mismos, como el Ser de Parménides) que, al **combinarse** entre sí, dan origen a este universo múltiple y móvil. Son, por tanto, filósofos **pluralistas**.

Los filósofos pluralistas pertenecen ya al siglo v (primera mitad) y su localización geográfica es muy diversa:

1. EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO (ACRAGAS) (APROXIMADAMENTE, 495-435)

La personalidad de Empédocles está también envuelta en la leyenda. Nació en Agrigento, una de las más bellas ciudades de Sicilia, donde debió de conocer el pitagorismo y la doctrina de Heráclito, aunque es Parménides quien más influyó en él. Además, Empédocles bebe en las fuentes místicas del orfismo, lo cual explica que aparezca también como mago y profeta, autor de milagros y revelador de las verdades más escondidas. Quizá pretendió recordar sus encarnaciones anteriores: «Yo ya he sido muchacho, muchacha, planta, ave y pez mudo del mar» (Fr. 117). También fue médico famoso e intervino activamente en política a favor de la democracia. Las leyendas rodean, sobre todo, las circunstancias de su muerte: según sus discípulos, fue arrebatado al cielo y convertido en dios; según otra leyenda —que fascinó a los románticos—, se arrojó al Etna para purificarse por el fuego y penetrar en el seno de la Tierra. Escribió dos poemas: *Sobre la naturaleza* y *Purificaciones*.

Empédocles parece partir conscientemente de Parménides al describir la realidad como una **Esfera** (*sphaîros*):

«Igual a sí misma por todas partes y sin fin, fija en el fuerte refugio de la Armonía, está la Esfera redonda que se goza en su soledad circular. No hay discordia ni luchas indecentes entre sus miembros. Es igual a sí misma en todas direcciones y sin fin; es una Esfera, de completa forma, en magnífica y circular soledad y llena de alegre orgullo» (Fr. 27-28).

Esta Esfera equivale, sin duda, al Ser de Parménides. Pero Empédocles se niega a quitarle valor a la apariencia del mundo: hay *movimiento* y hay *pluralidad* de seres. Por ello, introduce en la Esfera la variedad: en su interior se encuentran mezclados **cuatro elementos** o «raíces de todas las cosas»: fuego, aire, tierra y agua. Se diría que Empédocles ha tomado los «principios» de Tales (agua), Anaxímenes (aire), Heráclito (fuego) y les ha añadido la tierra. Cada uno de ellos es eterno e imperecedero (según las exigencias de Parménides); pero, mezclados entre sí, dan lugar a los diversos seres; por supuesto, hay cambios y alteraciones en el mundo, pero éstos no son sino combinación de los elementos primitivos. Ahora bien, la mezcla de los elementos es producida por dos **fuerzas cósmicas**: el Amor y el Odio. Son fuerzas que también se encuentran en el hombre, y que, al explicar en su lucha todo cuanto sucede, determinan la visión «trágica» que Empédocles tiene de la existencia:

«Estos elementos nunca cesan su continuo cambio. En ocasiones se unen bajo la influencia del Amor, y de este modo todo deviene lo Uno; otras veces se disgregan por la fuerza hostil del Odio [...] y tienen una vida inestable. [...]

Este mismo combate de dos fuerzas se ve claramente en la masa de los miembros de los mortales. A veces, por efecto del Amor, todos los miembros que el cuerpo posee se reúnen en unidad, en la cima de la vida floreciente. Pero, otras veces, separados por el Odio cruel, vagan por su lado a través de los escollos del mar de la existencia» (Fr. 17 y 20).

Estas dos fuerzas, en cuanto que crean procesos diversos de reunión y separación, permiten a Empédocles desarrollar una teoría coherente de los **ciclos** del mundo, o del Eterno Retorno. Al principio reina en soledad el Amor; y la Esfera es el Uno eterno, inmóvil, homogéneo (= el «ser» de Parménides), en el que los cuatro elementos están

Cuatro elementos: Teoría casi universal (49, 73, 182, 196...), aunque combinada con frecuencia con la teoría corpuscular, hasta el s. xvii (abandonado al crearse la química moderna: Boyle, Lavoisier). Fue adoptada por la antigua medicina griega: teoría de los cuatro *humores*: flema (agua), bilis amarilla (fuego), bilis negra (tierra), sangre (los cuatro elementos en cantidad igual); y de los cuatro *temperamentos* (Galeno, 119): fleumático, colérico, melancólico, sanguíneo. — Teoría semejante en China: fuego, tierra, agua, madera, metal; y un principio del movimiento: el *Tao*, que unas veces es *Yin* y otras *Yang*.

mezclados. Sobreviene luego el Odio y, por tanto, la separación; pero ésta no es completa todavía y la acción de Odio y Amor conjuntadas permiten la aparición del cosmos y todos los seres. Cuando triunfa el Odio, los elementos se separan totalmente, uniéndose lo semejante con lo semejante: en el centro, la tierra; luego —en esferas concéntricas—, el aire, el agua y el fuego. Finalmente, de nuevo el Amor realiza la mezcla total y se vuelve a la Esfera: el ciclo puede recomenzar de nuevo.

Empédocles aporta también una visión del **hombre**. Su teoría de los cuatro elementos, que han de estar en armonía, permite elaborar una concepción de la salud que tendrá amplia repercusión en la medicina griega posterior. Aun sin emplear la palabra, Empédocles considera al hombre un «microcosmos», un mundo en miniatura (puesto que contiene los mismos elementos), y ello le permite formular una explicación del **conocimiento** por «simpatía»: «lo semejante conoce lo semejante». Así, las emanaciones que proceden de las cosas entran por los poros del cuerpo humano, yendo a encontrar lo que de semejante hay en éste: «Vemos la tierra por la tierra, el agua por el agua, el aire divino por el aire y el fuego destructor por el fuego. Comprendemos el amor por el amor y el odio por el odio» (Fr. 109). Finalmente, el poema las *Purificaciones* facilita, en concordancia con las doctrinas órficas, la «revelación» del **destino** eterno del hombre: preexistencia del alma, su situación dentro del cuerpo, la transigración a otros cuerpos, el camino de la salvación por la purificación.

2. ANAXÁGORAS DE CLAZOMENE (APROXIMADAMENTE, 500-428)

Anaxágoras nació en Clazomene, en Jonia, donde vivió sus primeros años bajo la dominación persa (Clazomene había sido sometida después de la represión de la revuelta jonia). Pasó después a Atenas, siendo el primer filósofo que se estableció en esta ciudad. Allí encontró la amistad de Pericles, que se convirtió en su discípulo. El mismo Sócrates escuchó sus lecciones, pero, según parece, quedó decepcionado. Los enemigos de Pericles le acusaron de «impiedad» y tuvo que abandonar la ciudad, marchando de nuevo a Jonia, a la ciudad de Lámpsaco, donde murió. Anaxágoras representa el tipo de filósofo puro, únicamente interesado por el pensamiento y ajeno a toda actividad política. Se cuenta que cuando alguien le preguntó cuál era el objetivo de su vida, respondió que «vivir para contemplar el sol, la luna y el cielo».

Su filosofía —como la de Empédocles— parte de los planteamientos de Parménides, llegando a una solución relativamente parecida. Ya que el «ser» no puede empezar ni perecer, y ya que lo «uno» ha de considerarse como inmutable, Anaxágoras —que admite la *pluralidad* y la *movilidad*, así como los cambios y transformaciones de la realidad— formula una teoría **pluralista**. Todo lo que se produce y sucede es resultado de la **mezcla** de innumerables elementos. «Nada viene a la existencia ni es destruido, sino que todo es resultado de la mezcla y la división» (Fr. 17).

Anaxágoras llama a esos elementos o «principios» con el nombre de **semillas** (*spérmata*), las cuales son *cualitativamente distintas* e indefinidamente *divisibles*. En todas las cosas hay semillas de todas las cosas, de tal manera que «todo está en todo». Así se explica que cualquier cosa pueda llegar a ser otra distinta, y que si una cosa es lo que es, es porque en ella predominan las semillas correspondientes: en el oro predominan las semillas del oro, pero están también presentes todas las demás (cosa que es posible, puesto que las semillas son minúsculas).

La pluralidad y los cambios —generación, corrupción, transformación— se explican, pues, por la mezcla o disgregación de las semillas. El mundo se origina por medio de un **torbellino**, en el que se realizan las mezclas y separaciones progresivamente. Pero

Aristóteles designó a las «semillas» de Anaxágoras con el término de *homeomerías* (= «partes similares»), para expresar que en cada cuerpo predominan las que son semejantes al todo.

este movimiento del torbellino tenía que ser explicado, puesto que Parménides parecía haber demostrado que, de por sí, la Esfera permanece quieta e inmóvil: Anaxágoras se ve obligado a introducir un «principio del movimiento», al que da el sorprendente nombre de **Nous** (Espíritu, Inteligencia). El Nous es algo **separado** de la masa de semillas, y por ello nada lo limita y posee autonomía; **conoce** todo y tiene el máximo **poder**. Y añade Anaxágoras:

«El Espíritu gobierna todas las cosas que tienen vida, tanto las más grandes como las más pequeñas. El Espíritu gobernó también toda la rotación, de tal manera que comenzó a girar en el comienzo. [...] Esta rotación hizo separarse las cosas. Lo denso se separa de lo raro, lo cálido de lo frío, lo brillante de lo tenebroso y lo seco de lo húmedo. Hay muchas porciones de muchas cosas, pero ninguna está separada ni dividida completamente de la otra, salvo el Espíritu» (Fr. 12).

Empédocles había introducido como explicación del movimiento dos fuerzas a las que dio nombres «psicológicos»: Amor y Odio, aunque rigurosamente deben entenderse como fuerzas «cósmicas» y materiales. ¿Qué quiere decir Anaxágoras al hablar del «Espíritu»? Platón y Aristóteles se mostraron muy entusiasmados, en principio, ante esta doctrina; pero luego manifestaron su decepción al comprender que Anaxágoras otorga al Espíritu un papel muy reducido: una vez puesto en movimiento el torbellino, todo parece funcionar mecánicamente sin su concurso. Hay que cuidarse mucho de interpretar la palabra «espíritu» según nuestra propia mentalidad. Quizá Anaxágoras, al decir que es la «la más sutil y pura de todas las cosas», no lo concibió todavía de un modo absolutamente inmaterial e incorpóreo. De todos modos, aquí surge algo absolutamente nuevo que sólo los filósofos siguientes sabrán aprovechar plenamente.

3. DEMÓCRITO DE ABDERA (APROXIMADAMENTE, 460-370)

Demócrito nació y vivió en Abdera, de donde debió salir muy poco. No se sabe casi nada de su vida y parece ser que fue también —igual que Anaxágoras— un hombre totalmente dedicado al estudio y la reflexión. Su maestro fue Leucipo, originario probablemente de Mileto, de quien se sabe aún menos, hasta el punto de que algunos ponen en duda su existencia. Algunos testimonios acerca de Leucipo le hacen discípulo de Parménides y Zenón. Estas dificultades históricas explican el hecho de que sea muy difícil saber qué elementos del sistema atomista se deben a Leucipo o a Demócrito. En todo caso, este último fue uno de los escritores más prolíficos de la antigüedad: su compilador, Trasilo, le atribuye 52 libros, todos ellos perdidos.

- El punto de partida del **atomismo** se encuentra también en los planteamientos de Parménides:

«Algunos filósofos antiguos creyeron que lo que es debe ser necesariamente uno e inmóvil; ya que, siendo el vacío no-ente, no podría existir el movimiento sin un vacío separado [de la materia], ni existir una pluralidad de cosas sin algo que las separe. [...] Pero Leucipo creyó tener una teoría que, concordando con la percepción de los sentidos, no hacía desaparecer el nacimiento, la corrupción, el movimiento ni la pluralidad de seres» (ARISTÓTELES, *Sobre la generación y corrupción*, I, 8, 325 a).

El planteamiento es, pues, muy semejante al de Empédocles y Anaxágoras: *salvar la apariencia del mundo* (movimiento y pluralidad); salvar, por tanto, el valor de la percepción sensible; pero *respetando los principios del eleatismo*. Sólo que la solución

Sin embargo, aunque Trasilo divide las obras de Demócrito en Ética, Física, Matemáticas, Música (incluyendo literatura y lenguaje) y Temas técnicos, los breves fragmentos que nos han llegado son casi exclusivamente de Ética. Las doctrinas del atomismo han sido reconstruidas fundamentalmente a partir de las referencias de Aristóteles y otros autores.

buscada difiere esencialmente en un aspecto: admitir el vacío o «no ser», y negar todo tipo de fuerzas distintas de la materia misma (Amor-Odio, Espíritu).

Parménides había negado el vacío y el no-ser: el ser es «lleno». Pues bien:

«Leucipo y su compañero Demócrito sostuvieron que los elementos son "lo lleno" y "lo vacío", a los cuales llamaron "ser" y "no ser", respectivamente. El ser es lleno y sólido; el no-ser, vacío y sutil. Como el vacío existe no menos que el cuerpo, se sigue que el no-ser existe no menos que el ser. Juntos los dos constituyen las causas materiales de las cosas existentes» (ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 4, 985 b).

- En primer lugar, pues, «el ser». El mundo consta de infinitas partículas **indivisibles** (por eso reciben el nombre de «átomos»), **sólidas y llenas, inmutables**, de tal modo que cada átomo posee las características del «ser» de Parménides. Con esta diferencia: los átomos son **infinitos** en número. Además, los átomos **carecen de cualidades sensibles** y sólo se distinguen entre sí por la **figura** (como A difiere de N, según el ejemplo que aduce Aristóteles), el **orden** (como AN difiere de NA) y la **posición** (como N difiere de Z). No está claro que Demócrito les atribuyese también peso, ni tampoco en qué condiciones se lo atribuyera. Los átomos poseen **movimiento propio** y espontáneo en todas direcciones (algo así como las partículas de polvo en un rayo de sol), y chocan entre sí. El choque puede tener dos consecuencias diversas: o bien los átomos rebotan y se separan, o bien se «enganchan» entre sí, gracias a sus figuras diversas. Así se producen **torbellinos** de átomos y se originan mundos infinitos, engendrados y perecederos.

Los «átomos» explican, por tanto, la multiplicidad de los seres, el movimiento y la generación-destrucción. Pero se requiere un segundo «principio»: **el vacío**, o «no-ser». El vacío explica la multiplicidad, ya que es lo que **separa** los átomos; y explica el movimiento, porque si no hay vacío no puede haber choques ni desplazamientos.

Todo se explica, pues, exclusivamente, por «lo lleno» y «lo vacío», sin necesidad de recurrir a fuerzas ajenas a la misma materia. Los choques son fortuitos, debidos a un puro **azar**: nada obedece a una ordenación inteligente hacia un fin determinado. Materia, vacío y movimiento: eso es todo. Una explicación de este tipo se denominará más tarde **mecanicismo**.

- Demócrito, igual que Empédocles y Anaxágoras, se verá obligado a explicar la **percepción sensible** (que Parménides desvalorizó absolutamente). Y lo hará desde los principios de su atomismo: el alma es corporal y mortal, mueve el cuerpo, pero también es afectada por los choques recibidos en el propio cuerpo. Los cuerpos exteriores producen emanaciones de átomos que son como imágenes (*eidola*) que se trasladan por el vacío, y al chocar con los órganos de nuestros sentidos se produce el conocimiento. Por eso, toda forma de conocimiento se reduce, en el fondo, al **tacto** (o contacto). Pero una vez que Demócrito ha justificado así la percepción sensible, la relativiza profundamente: las cualidades sensibles (olor, color, sabor...) carecen de objetividad; y, dada la continua movilidad de los átomos, se explica que Demócrito diga: «Se ha demostrado a menudo que nosotros no captamos en realidad cómo es cada cosa o cómo no es».

Puesto que el alma es un conjunto de átomos —para Demócrito no hay sino átomos y vacío— el **pensamiento** recibe una explicación semejante. Los átomos anímicos están desparramados por todo el cuerpo, moviéndolo; pero algunos están concentrados en algún punto del cuerpo, moviéndose espontáneamente: así se explica la naturaleza de la mente y del pensamiento.

Los átomos difieren de las «semillas» de Anaxágoras porque: 1) son indivisibles, y 2) no son cualitativos (→ 244, cualidades sensibles). Al ser indivisibles, los átomos son las partículas *cuantitativamente últimas* del cosmos; tales partículas no existen para quienes admiten la *divisibilidad indefinida* de la materia (Anaxágoras, Descartes → 224, etc.).

→ 199

El atomismo será adoptado por Epicuro (→ 85), algunos filósofos medievales (164), la ciencia moderna (→ 199) y Gassendi (→ 227). El atomismo lógico (→ 439) tiene otro sentido: los «átomos» son «hechos», no corpóreos materiales.